

CONFUSION

CONFUSION: si hay una palabra para definir la situación política actual es ésta. No se sabe dónde vamos. Se va trampeando o, como dice el verbo familiar, trapicheando. Las cenas, las conversaciones, las entrevistas, los secretos, los cabildos de figuras ilustres del Gobierno y de la oposición, ya sea de la democrática o de la extrema derecha, los insólitos nombramientos de gobernadores en los que figuran personalidades conocidas por su vocación y su biografía como autocráticas, los no menos insólitos discursos de los que perdieron su puesto forman un cuadro de incertidumbre. Los rumores cunden. Tan pronto desde personas del entronque gubernamental se dice que la convocatoria del referéndum está a punto como desde otros lados se dice que la idea del referéndum se ha abandonado. ¿Qué referéndum? ¿Qué se le va a preguntar o no preguntar al pueblo español? Si no es más que una corroboración o un asentimiento —o quizá una negativa— a asuntos menores, más vale dejarlo estar. Un referéndum en esta situación solamente podría valer si partiera del cero absoluto, con capacidad para denegar todo lo que no ha sido elegido durante años: todo lo que tenemos de estructura política que no ha sido nunca votado ni consentido expresamente. O para aceptarlo. Tal referéndum no entra en la medida de lo posible. Y si entrara, tendría que presentarse con todas las garantías de veracidad, a partir de una propaganda libre. Para lo cual habría que comenzar a comprender lo que significa la palabra libre. Y ya, sin plazos. Cuando el ministro de Información, profundamente sincero, sin duda —aunque sea capaz de seguir utilizando la medida de secreto oficial para el caso de Guinea, por ejemplo—, habla de que “cuando pase el verano”, hacia septiembre, la televisión revertirá al uso público, sin limitaciones ni exclusivas, está dilatando un plazo sin que sepamos por qué. El verano no es nada. El verano es un tiempo más en la vida española: y el Gobierno se reúne, y la oposición opina, y las Cortes no están de vacaciones. No se entiende por qué ya no ha sucedido con la televisión lo que debe suceder: si el verano es mal

tiempo, podría haberse hecho antes. Si la Ley de Prensa está sobrando, ha sobrado ya antes, y no hay que seguir esperando. Porque hasta ahora ni televisión ni Ley de Prensa se han quedado en suspenso por el verano. ¿Y si hubiera una propaganda libre para ese referéndum total y definitivo? ¿Y si se respetara toda la libertad para votar unas preguntas concretas? Podría ocurrir que, después, no fuera respetado el veredicto popular. Aquí, se dice en las tertulias políticas, en la calle, puede ocurrir todo. No es exacto. Hay cosas que parece que no pueden ocurrir. Las considerables ataduras para la democratización no desaparecen tan fácilmente.

Y la Ley de Bases? Es el rumor de la semana. Por encima de la reforma de las instituciones, de la ley electoral, del pacto con la oposición, de la realización de la amnistía, de la libertad de partidos políticos, aparece ahora un espectro: el de una supuesta Ley de Bases, de la que nadie desde el Gobierno había hablado hasta ahora. Según los rumores, sería “un paso atrás en relación con lo propuesto por el equipo Arias Navarro”, porque “dejaría al arbitrio del Gobierno las posibilidades de su articulación” (“El País”, 13 de agosto). Algunos ven venir esta supuesta Ley de Bases para el Consejo de Ministros del día 24, puesto que hasta entonces no habrá reunión ministerial: por fin, los ministros han aceptado la tentación de un descanso. Después de todo, agosto es agosto... ¿Hasta qué punto influyen las conversaciones con personas de la oposición en este paso atrás —supuesto— del Gobierno? Coordinación Democrática anunció que no aceptaría más negociaciones que las mancomunadas y con su nombre: pocos días después, el secretario general del PSOE, don Felipe González, cenaba con el presidente del Consejo. Pero a esa entrevista se le llama “preconversación”. Conversar es un acto de intercambiar palabras, puntos de vista, opiniones: no admite “pre”. Pero nadie pierde la ocasión ni el tiempo cuando le llaman de la Presidencia del Gobierno. El propio señor Carrillo, en unas declaraciones a “El País”, ha dicho que “sin

duda alguna, se entrevistaría con el Rey y con Suárez”. “Pero —ha añadido— de manera pública, sin tapujos, para exponer las posiciones del Partido Comunista sobre los problemas actuales”. Los políticos de la oposición que se entrevistan con el señor Suárez suelen salir optimistas de la conversación —o preconversación, si prefieren llamarla así—: son bastante más benévolos con las declaraciones ministeriales que con las de doña Dolores Ibarruri, a la que critican amargamente porque señala que el Partido Comunista no ha cejado en su lucha durante la clandestinidad, mientras que otros estaban “en sus cuarteles de invierno”. Ciertamente es parte de la psicología de autosuficiencia del partido, pero cierto también que el día de las estadísticas el Partido Comunista ofrecerá una media de ejecutados y de años de prisión que otros no podrán igualar. Lo cual no significa tener razón. Ni tener más derechos que los demás, o más votos que los demás. Este tema del Partido Comunista, de las vueltas al pasaporte del señor Carrillo y las sanciones al embajador que le recibió, están dando al gran partido obrero un peso psicológico que deberá agradecer un día al Gobierno y a los “ultras”. Algunos resentidos de la oposición llegan a decir que partido y Gobierno se apoyan mutuamente...

PERO, hasta ahora, las entrevistas oficiales u oficiosas son con otros. Que, repitamos, salen satisfechos. “Considero que la conversación con el presidente Adolfo Suárez ha representado para mí la restauración de una esperanza”, ha dicho su interlocutor, señor Ruiz-Giménez, en unas declaraciones a “La Vanguardia Española”. “La esperanza de que el Gobierno puede, en diálogo con toda la oposición, acelerar la única solución eficaz al problema político de España, es decir, la directa consulta al pueblo, diría, a todos los pueblos del Estado español, para la transformación de nuestras estructuras políticas en estructuras democráticas”. No puede hacerse más que lamentar que las esperanzas transmitidas por vía personal al señor Ruiz-Giménez no lo hayan sido al pueblo español en su totalidad por su in-



Las medidas del subgobierno están siendo diariamente antidemocráticas, una vez más se ha producido un suceso sangriento: la muerte del joven Francisco Javier Verdejo Lucas en Almería. (Ver información en página 9.)

terlocutor, señor Suárez. Hasta ahora no se tiene de él más que la exposición de principios del Gobierno: no ha sido seguida por un programa. Ni siquiera por un plan general. No sabemos cuáles son los proyectos concretos del Gobierno, únicamente su declarada finalidad de producir una democracia. Pero la democracia se produce haciéndola. Las medidas de subgobierno están siendo diariamente antidemocráticas, desde los nombramientos personales con que se sigue sobrecargando al país de personajes con poder y sin responsabilidad directa ante los gobernados, o como pueden ser las órdenes de represión a los militantes de partidos de la oposición, que una vez más han producido un suceso sangriento: el muchacho muerto en Almería.

SI con el Gobierno anterior pudimos decir que la irregularidad de la tolerancia con falta de modificación de le-

yes daba lugar a una situación extremadamente peligrosa, no podemos modificar este juicio con este otro Gobierno. No planteamos ya ni siquiera un problema de democracia o de autocracia: en todo régimen un Gobierno llamado al poder tiene una obligación de señalar sus fines y de delimitar sus planes, de programar su actitud. No se trata solamente de que anuncie que va a buscar la democracia: se trata especialmente de que diga cómo y cuándo, por qué medios, con qué límites, con qué reglas y en qué plazos. O, por el contrario, que no va a haber tales cambios y que se va a continuar con lo existente. Lo que hace falta es, sobre todo, saber a qué atenerse.

NO lo sabe nadie en este momento en el país. Se podría sospechar que el Gobierno tampoco lo sabe, y que va pasando su tiempo en buscas, en intentos. En tanteos, ante la muralla de su oposi-

ción familiar y el deseo de domesticar o dividir la oposición exterior —la democrática—. Su credibilidad se pierde a pasos agigantados. Y su base principal es que representa un mal menor.

CONFIEMOS en que las esperanzas del señor Ruiz-Giménez tras sus veinticinco minutos con el señor Suárez tengan algún fundamento. El balance que hace este político —en quien, a su vez, se pueden depositar numerosas esperanzas, por sus condiciones de conciencia, de honestidad y de inteligencia, que estarían muy potenciadas con dotes de energía y de decisión a la altura de su representación política— señala como pasos positivos de este Gobierno declaraciones y principios que, hasta ahora, no se han cumplido: y en la parte negativa, realizaciones que hasta ahora no se han hecho. Pero que son urgentes y necesarias. ■